



Sábado XXVI del TO
Ciclo A

7 de octubre de 2023

Bar 4, 5-12.27-29

Sal 68

Lc 10, 17-24

P. Eduardo Suanzes, msps

Desde el punto de vista teológico, estamos en el corazón del evangelio. Se nos presenta aquí la novedad esperada por los profetas, por todo el AT en realidad, en unas palabras de Jesús; unas palabras que trascienden la historia y llegan hasta nosotros a través de todos los recovecos del tiempo, porque estas palabras de Jesús no se circunscriben a la historia: están destinadas a cada generación. Son unas palabras contundentes, pero a la vez discretas; son objeto de reflexión y meditación, y sin embargo se niegan a los sabios y a los entendidos. Ha llegado la hora: todo se ha vuelto del revés.

Los valores se han invertido y se han sustituido a las personas: ahora resulta que los humildes pasan a ocupar la primera fila de los beneficiarios de Dios. Esta revelación (y las repercusiones consiguientes) corresponde, nos dice el evangelio, al proyecto de Dios. Es que el Padre está detrás del Hijo y vive en comunión con él. Todo se ha cumplido. Acaba aquí la larga espera de los profetas bíblicos. Comienza aquí el cumplimiento de la paradoja cristiana: es el núcleo duro del evangelio¹. Ya no son los grandes y poderosos los que reciben la revelación, sino los pequeños y sencillos. Y todo esto por una razón. Porque a partir de ahora Dios inhabitará en el fondo del corazón del discípulo de una manera nueva: El Padre y el mismo Jesús, por la acción del Espíritu vendrán a él y harán morada en él. Pero solo es posible acceder a esa habitación trinitaria a través de una puerta que es muy pequeña, porque así le ha parecido bien al Padre, ante la cual hay que inclinarse para poder atravesarla. O nos inclinamos, o nos quedaremos irremisiblemente fuera. Esta es la revelación.

Son los pequeños, como María, aquellos que no tienen la pretensión de condicionar a Dios ni exigirle que actúe según los intereses personales o de grupo, aquellos que están dispuestos a cumplir su voluntad, simplemente porque es la de Dios, sólo los humildes y sencillos, los que están capacitados para captar y entender la excepcionalidad del tiempo mesiánico y de aceptar que en Jesús Dios se está haciendo presente y se está acercando a cada uno; esto es lo que llenó de gozo a Jesús y por eso exteriorizó su alegría a través de esas palabras para alabanza de su querido Padre.

María es, en la tradición cristiana, el prototipo de la mujer mística –la que “ha visto”- y, por eso, confiada y entregada, su vida giraba continuamente alrededor de un eje: «*Que se haga en mí según tu palabra*»².

¹ Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según San Lucas II Lc 9,51-14,35*. Ed. Sígueme. Salamanca 2002

² Lc 1,38

Jesús le dice a los discípulos: «*Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven*». Pero podemos extraer una idea sugerente: se puede ver con los ojos de la cara y no hacerlo con el corazón. Eso es lo que les pasaba un poco a ellos todavía, porque acabarán por abandonarlo. Pero María supo ver, desde el principio con los ojos del corazón, por eso Jesús se engendró primero en él antes que en su vientre. Ella guardaba y meditaba todas estas cosas en su corazón, nos dice el mismo Lucas. La condición para ver con el corazón es el hacerse pequeño, sencillo, preocupados por cumplir la voluntad del Padre.